

MANUEL CARBALLAL

LOS PELIGROS DEL OCULTISMO

CRIMEN, DELITO
Y MISTERIO



Contiene
documentos
inéditos

Luciérnaga

Índice

Portada

Prefacio

Introducción

1. Cuando el corazón turba la razón

2. De la obsesión a la posesión

3. Adictos al misterio

4. La maldita tabla ouija

5. Los mártires del misterio

6. Caso 12. Los suicidas de Terrassa

7. Homicidas esotéricos

8. Caso 14. Los Hermanos de Ummo

9. Fraudes, timos y embaucadores

10. Caso 16. El misterio de Anne Germain

11. New age: los lompos de Acuario

Conclusiones

Anexo. Dossier de documentos oficiales

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

PREFACIO

21 de abril de 2015.

Los tres nos levantamos temprano esa mañana, y nerviosos. Si estábamos en lo cierto, ese día cerraríamos uno de los casos más mediáticos y complejos a los que los tres nos habíamos enfrentado. Si estábamos equivocados, nosotros seríamos los desenmascarados en cuanto la médium más famosa de los últimos años nos tuviese ante ella...

Nuestra investigación sobre Anne Germain había comenzado cinco años antes. Exactamente el 10 de agosto de 2010. Justo cuando la famosa médium británica hizo su aparición en las pantallas de Telecinco, alcanzando cotas de audiencia sorprendentes con su programa *Más allá de la vida*. Casi un millón y medio de españoles, hasta un 20,4 por ciento de cuota de pantalla, se había desvelado aquella noche de martes, asistiendo asombrados a los mensajes que los espíritus trasmitían, a través de aquella mujer de aspecto bonachón y hermosos ojos azules, a reputadas personalidades de la literatura, el espectáculo y la crónica social, de cuya honestidad no teníamos por qué dudar.¹

Carmen Martínez-Bordiú (nieta del general Francisco Franco), Ramona Maneiro (quien fue pareja de Ramón Sampedro), Jorge Cadaval (componente del dúo Los Morancos) y el afamado escritor Antonio Gala fueron, entre otros, los primeros españoles en recibir mensajes de sus familiares fallecidos a través de Anne Germain. Y cientos de miles de televidentes albergamos la esperanza, esa noche, de que la muerte no era el final. Y de que tal vez existía alguna posi-

bilidad, por remota que fuese, de volver a contactar con ese hijo, padre, amigo o persona amada, que había salido de nuestras vidas al morir...

Inevitablemente, y como ocurre siempre que un supuesto médium, curandero, vidente o paragnosta alcanza los titulares de la prensa nacional, amigos, vecinos y familiares acuden a nosotros con la misma pregunta: «Pero ¿esto es real?». Y para poder responder a dicho enigma de forma empírica, objetiva y responsable solo existe un camino: investigar.²

Cuando Anne Germain apareció en España, antes ya había triunfado en Portugal con un programa similar, varios investigadores, entre ellos mis compañeros Juan José Sánchez-Oro, David Cuevas y yo mismo, nos propusimos averiguar si las capacidades mediúmnicas de Anne Germain eran genuinas o un elaborado fraude. Y, además, demostrarlo. Pero en el mundo del misterio una cosa es lo que creemos, otra lo que sabemos y otra, la más difícil, lo que podemos demostrar...

En los años sucesivos reunimos muchísima documentación sobre la vida familiar y laboral de la famosa médium. Uno de mis compañeros, Juan José Sánchez-Oro, llegó a colarse, mezclado entre el público del programa, en el plató de Telecinco, certificando, a través de una grabación oculta, que el programa era editado y que lo que ocurría en el plató no era exactamente lo que después veían los televidentes. Al menos no todo.

De hecho, en enero de 2011, la revista *El Ojo Crítico*, que se publica ininterrumpidamente desde 1992, regalaba con su número 62³ un CD con la emisión especial del programa *Dimensión límite*,⁴ en el que, por primera vez, se documentaba, con pruebas objetivas, las irregularidades de *Más allá de la vida*. Pero necesitábamos más. Acusar públi-

camente a alguien de ser un fraude es algo muy serio, y no es justo hacerlo sin evidencias irrefutables. Por eso seguimos investigando.

Entrevistamos a clientes de Anne Germain, rastreamos sus sociedades en Portugal e Inglaterra, consultamos a otros magos e ilusionistas... incluso nos reunimos con un miembro del equipo de *Más allá de la vida* que nos facilitó copia de las escaletas del programa, el sustancioso contrato que Anne Germain había firmado con Telecinco, y los dossieres con información personal sobre los invitados que la supuesta médium recibía antes de cada programa. Pero no era bastante. Queríamos más.

Necesitábamos, antes de cerrar el caso, y como hemos hecho en cientos de investigaciones similares, poder poner a prueba personalmente las presuntas capacidades paranormales del sujeto de estudio. Y por eso, aquella tarde de primavera de 2015 estábamos nerviosos. Le mentimos.

Nos habíamos acreditado como cámara y reporteros de una conocida revista especializada para obtener una reunión privada con la médium más famosa del momento.

Anne Germain nos había convocado en un céntrico hotel madrileño. A pesar del escándalo que había estallado tras la filtración a la prensa de los dossieres que recibía sobre los invitados al programa, Anne Germain continuaba celebrando multitudinarias conferencias en España y pasando consulta, a un precio nada módico, a miles de personas desesperadas por recibir un mensaje de un ser amado ya fallecido. Y si al vernos, las capacidades extrasensoriales de la médium la alertaban de que precisamente nosotros tres éramos los responsables de los dos primeros medios que denunciaron sus irregularidades, lo más probable es que nos echasen a patadas del hotel. Pero si no era así, tendríamos la oportunidad de testar, por nosotros mismos, sus facultades mediúnicas... Sin excusas ni intermediarios. Cara a cara.

Todavía albergábamos, en lo más profundo de nuestros corazones, la esperanza de que estuviésemos equivocados. De que todas las incoherencias, contradicciones e irregularidades que habíamos descubierto en nuestra investigación, tuviesen algún tipo de explicación. Nosotros, en el fondo, también queríamos creer. Deseábamos, yo al menos, que Anne Germain pudiese ofrecerme alguna prueba de que la muerte no es el final. De que la vida continúa. Y de que es posible volver a comunicarse con los seres amados.

Durante los últimos años, quien esto escribe ha tenido la oportunidad de conocer personalmente, e investigar directamente, a personajes como Carlos Castaneda, Uri Geller, Luiz Antonio Gasparetto, Andres Ballesteros o Ricardo Schiariti, entre otros cientos de supuestos médiums, brujos, dotados o paragnostas, y en casi todos los casos el resultado ha sido en mismo: fraudes o malinterpretaciones.

Yo, como millones de personas en todo el planeta, también quería creer. Ahora le tocaba a ella, mirándome a los ojos, ofrecerme algo a lo que agarrarme para mantener esa esperanza, donde los demás habían fracasado.

INTRODUCCIÓN

Y usted, lector, ¿qué opina sobre la guerra en Siria? ¿Y sobre la corrupción política? ¿Y sobre los refugiados? No, no pretendo que me responda. No me interesa su opinión. Lo que sí me interesa es por qué razón la tiene.

¿Ha viajado usted a la guerra de Siria? ¿Ha conocido a algún político corrupto? ¿Ha hablado alguna vez con algún refugiado? Intuyo que no.

Todos nosotros, o al menos la inmensa mayoría, construimos nuestro mapa de la realidad y establecemos nuestras creencias, juicios de valor y opiniones basándonos en la información que percibimos. Es decir, apoyándonos, en la mayor medida, en lo que nos cuentan los medios de comunicación.

Y nuestra decisión, a la hora de escoger un determinado periódico, un programa de televisión o radio, una página web, o un libro de tal o cual autor, suele estar condicionada por nuestras propias tendencias ideológicas y prejuicios. Con lo cual, la mayoría de las veces, en lugar de contrastar dichas creencias apriorísticas, lo que hacemos es reafirmarlas, a través de una información selectiva.

Por eso, de la misma forma en que todos nos consideramos con autoridad para sentar cátedra, en nuestras tertulias de sobremesa, sobre cuestiones políticas, sociales o deportivas, también defendemos con vehemencia nuestras opiniones sobre el más allá o lo sobrenatural. Sea a favor o en contra.

Y de la misma forma en que, dependiendo de si nuestra ideología política tiende más a la derecha o a la izquierda, leeremos periódicos y veremos programas de ideología

afín, escogeremos lecturas escépticas o creyentes en lo sobrenatural en función de nuestras propias creencias, reafir-mándolas y huyendo del sano ejercicio de contrastarlas.

Periodistas, escritores y reporteros son, en buena medida, los responsables de lo que todos opinamos sobre los llamados fenómenos paranormales. Los medios de comunicación construyen la opinión del público sobre casi todos los temas que abarca la cultura de una sociedad, y el misterio no es una excepción.

Las revistas especializadas, los programas esotéricos y libros como este son los que construyen, mayoritariamente, las opiniones y creencias de la sociedad. En las tertulias paranormales, en los pasillos de cualquier congreso, o en las sedes de grupos esotéricos, se discute sobre el origen de los ovnis, la transmigración de las ánimas, el monstruo del lago Ness o la reencarnación, en función de lo que nuestros artículos, libros y conferencias divulgan.

Por esa razón, nuestra responsabilidad para con el público es enorme. Y más aún cuando el tema a debatir es un campo tan abstracto, escurridizo y controvertido como el mundo de lo sobrenatural.

La incredulidad es una anomalía. Tan solo un 2,5 por ciento de los seres humanos se declara ateo. Y menos de un 12 por ciento se identifica como no religioso, aunque eso no implique que tenga otro tipo de creencias.

El resto de la humanidad, casi el 90 por ciento, profesa una u otra religión. Y si algo caracteriza a las religiones es el misterio, lo incomprensible y lo sobrenatural.

No importa que nos confesemos cristianos, budistas, judíos, musulmanes, hinduistas, sijs o animistas. Todas las religiones se caracterizan por mantener, de una forma u otra, la creencia en los milagros, la vida después de la muerte, las curaciones inexplicables, la existencia de espíritus, ángeles o demonios, etc. Por eso, aplicándoles uno u otro nombre, en esencia la mayoría de los seres humanos creemos en las mismas cosas.

Y por eso el mundo del esoterismo y lo sobrenatural resulta, para cada vez más personas, un reto fascinante. La atractiva seducción del misterio toca con su varita mágica a todo ser humano en alguna ocasión a lo largo de su vida. Pero ese fascinante mundo encierra graves riesgos. Y me resulta paradójico y alarmante que los divulgadores de este tipo de temas no nos hayan advertido de esos peligros.

La inmersión imprudente en las prácticas esotéricas puede costarnos nuestro dinero, nuestro libre albedrío, nuestra cordura, e incluso nuestra vida.

Esta no es una afirmación gratuita.

Yo no soy un teórico. A partir de ahora documentaré cada una de esas advertencias con casos reales, prácticos, algunos muy mediáticos, que he investigado personalmente. Y creo que quienes hemos tenido la oportunidad de indagar qué hay de cierto y de falso en esas creencias debemos adoptar un compromiso moral con los hechos.

Supongo que cualquier investigador honesto, que haya tenido la oportunidad de encararse con el lado más oscuro de las creencias en lo sobrenatural, siente esa misma responsabilidad.

En mi caso, he tenido la desagradable oportunidad de recoger, entre lágrimas desconsoladas, el testimonio de la madre de un joven que se suicidó para viajar con los extraterrestres a otro planeta en Terrassa..., o la que arrancó a su propia hija de nueve añitos, en Almansa, los intestinos por la vagina creyendo que lo que le estaba sacando era el demonio..., o la que encontró el cadáver de su hijo ahorcado en el altillo de su casa en Vigo, porque la ouija le había «dicho» que así iría a un lugar más bonito...

No se trata, en mi caso, de iniciar una cruzada contra los fenómenos paranormales, sino simplemente de mostrar, como entiendo que es nuestra obligación, el lado oscuro del misterio.

Decía el célebre Ortega y Gasset: «Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñas». Me parece un excelente consejo. Especialmente en lo referente al complejo y desconocido mundo del misterio. Un mundo en el que nuestras aspiraciones de conocimiento pueden encerrar un pasaporte a la locura.

Una locura con mil formas. Como demonios encerrados en nuestro cerebro, dispuestos a manifestarse a la primera oportunidad. Y la aventura del esoterismo facilita la apertura de esas puertas mentales a un universo desconocido. Por eso el sentido común y la información objetiva son los mejores exorcistas contra esos demonios. Ya decía san Ignacio que «conocer al diablo es destruirle», porque la ignorancia ha sido siempre la mejor aliada del mal.

Mi única intención en las próximas páginas es exorcizar los diabólicos riesgos del esoterismo conociéndolos de antemano. Aun cuando algunos de los relatos que incluyamos en estas páginas, lo advierto, puedan llegar a herir la sensibilidad del lector.

1

CUANDO EL CORAZÓN
TURBA LA RAZÓN

Érase una vez un hombre normal que llevaba una vida sencilla en una pequeña ciudad. Jaime ejercía como funcionario en la universidad. Cada día, al volver a casa, conectaba la radio para seguir a José Ramón de la Morena, como el más fiel de sus devotos radiofónicos. Para él, el Real Madrid no era solo un equipo de fútbol; era una sesión de adrenalina imprescindible para sobrellevar la monotonía de la jornada. Era un tótem al que adorar, y un mándala en el que concentrar su fervor y lealtad.

El domingo, el campo de fútbol era la psicoterapia necesaria para descargar la tensión de la semana, aunque la inocente madre del árbitro se llevara la peor parte de sus catarsis. Algunas veces, había llegado a derramar lágrimas de frustración cuando el Barça, o ahora el maldito Superdépór, le habían «robado» un partido. Injustamente, claro.

Mientras escuchaba a De la Morena en *El transistor*, solía repasar angustiosamente las cuentas de la casa. Habían vuelto a pasarse en los gastos, y la letra del coche amenazaba sin piedad. Además, estaba la longeva hipoteca que nunca terminaba de pagarse. Y por si fuera poco, este año Hacienda no devolvería ni un euro.

Así, con las preocupaciones y distracciones normales, Jaime iba llevando con resignación los días, semanas y meses de su normal vida. Pero una noche, que también parecía normal, todo cambió.

Aquel viernes de diciembre, Jaime conducía hacia casa cercado por sus pensamientos. Al día siguiente, él, su mujer y los niños comerían en casa de los abuelos. Después, la habitual partida de dominó con su suegro acompañaría al exquisito café de pota, soportando las viejas historias del anciano que, por enésima vez, le contaría sus aventuras en la División Azul. Pero el domingo —¡oh, día magnífico!—, los muchachos del Real Madrid se medirían con el Rayo Vallecano y lógicamente él estaría allí para apoyarlos hasta la muerte. No podía olvidarse bajo ningún concepto de pasar a recoger los banderines y el gorro del equipo por el local de la peña. Sería catastrófico que el domingo no pudiese calzarse el «uniforme» oficial del buen aficionado antes de ir al estadio.

Jaime iba absorto en estos pensamientos cuando, de pronto, el coche comenzó a fallar. Se detuvo a un lado de la calzada e intentó cuatro o cinco veces, infructuosamente, arrancar de nuevo el GTI. No había forma. «¡Coño! —pensó—. Y para esto me mato yo a pagar letras...»

Salió del coche para abrir el capó, de otra forma no lo habría visto, y de pronto se percató de aquella luz en el cielo.

A doscientos o trescientos metros, al otro lado de los árboles, algo ascendía hacia los cielos, desprendiendo un potente haz luminoso.

Aquella explosión de luz fluctuante comenzó a elevarse lentamente por encima de las copas de los árboles. Pero el resplandor era tan brillante que le impedía distinguir con claridad formas o contornos. Durante unos segundos, el objeto se estabilizó sobre los árboles. En torno a aquel foco central pareció distinguir cuatro luces que lo rodeaban. Dos verdes y dos naranjas, que daban al objeto la apariencia de un rombo.

El objeto pareció balancearse un instante y, después, salió disparado hacia las estrellas hasta perderse de vista como un fantasma.⁵ La vida de Jaime cambió desde ese

instante.

Durante los días sucesivos, Jaime no podía pensar en nada más. Aquella nave, porque no podía ser otra cosa, tenía que estar tripulada. ¿Y cómo serían esos tripulantes? ¿Cómo sería su mundo? ¿Y por qué le escogieron a él? Lógicamente, tenían que estar muy evolucionados, mucho más que nosotros...

Jaime comenzó a interesarse por temas que jamás le habían preocupado. Empezó a leer libros y revistas que hablaban de ovnis, esoterismo y demás misterios. Temas que jamás le habían preocupado y en los que ahora buscaba respuestas a sus angustiadas preguntas. Y, por primera vez en muchos años, Jaime no fue al fútbol ese domingo...

Casos como este son mucho más habituales de lo que podemos imaginar. En todo el planeta existen millones de Jaimes que han visto cómo su esquema de valores se transformaba al protagonizar una experiencia que ellos, sinceramente, creen de origen paranormal. Su encuentro con el misterio en forma de ovni, fantasma o ECM ⁶ trastoca su existencia de tal modo que su vida ya no vuelve a ser la misma. Las cosas que antes eran indiferentes se convierten en los temas más trascendentes. Es el «despertar de la conciencia», dicen algunos.

Partiendo de este hecho, muchos autores han pretendido relacionar los ovnis o las experiencias psíquicas con una causa trascendente. Sería agotador enumerar la vasta cantidad de cultos modernos a lo paranormal en cualquiera de sus manifestaciones. Son miles los grupos que ven en los fenómenos anómalos manifestaciones del más allá; en los ovnis, redentores extraterrestres y en lo paranormal, intervenciones de Dios, los dioses, los ángeles o los demonios.

Contactos platillistas, grupos espiritistas o logias esotéricas son el resultado, bueno o malo, de la divinización del fenómeno paranormal. Sin embargo, sería más prudente contemplar la posibilidad de que las cosas sean al revés. Tal